

desayuno EN JÚPITER

ANDREA TOMÉ



Cuando Ofelia y Amoke se conocen, sus mundos parecen completamente contradictorios.

Ofelia es el caos, la apasionada por la astronomía que ha suspendido la Selectividad y que pasa su año sabático en Gales con su padre, vendiendo mermelada orgánica, y tratando de encontrar su propósito en la vida. Amoke es el orden, una solitaria y responsable estudiante de Biología que pasa todo el tiempo que no está en la universidad cuidando de su hermano y leyendo libros de Charles Darwin.

Lo único que Ofelia y Amoke tienen en común son Virginia Wonnacott (una excéntrica y ermitaña novelista de noventa años), una peculiar ONG y la sensación de no tener una vida completa. Cuando Virginia Wonnacott le ofrece trabajo a Ofelia, los mundos de estas dos chicas se juntan. Mediante discusiones, libros de segunda mano, cartas y mensajes de madrugada, Ofelia y Amoke se entrelazan en un viaje para encontrar un futuro que no sabían que existía y descubrir los sentimientos de la una hacia la otra.

A las víctimas del atentado homófobo del club Pulse, Orlando, y a sus familias. A todas las personas que se identifican como *queer*; sin pedirlo, somos soldados que ponen en peligro su vida por el acto revolucionario de amar. Si seguimos luchando, día a día, es porque siguen matándonos.

«El agujero en mi corazón es tan grande,
espacio suficiente para que el cielo lo atraviese
cogiendo a Júpiter de la mano.
Puedo llenarlo con una montaña. Puedo llenarlo con
un nombre».

ARACELIS GIRMAY

-PRÓLOGO-

LA ÚLTIMA CARTA

Querida Ofelia

Así que esta es la carta número cuarenta y cuatro. Supongo que a *Miss Wonnacott* le habría hecho gracia, y de haberlo sabido se habría quitado las gafas de lectura (siempre se las quitaba antes de empezar a perorar, ¿recuerdas?) y habría dicho algo muy pretencioso pero en el fondo poético que a ti te habría encantado.

«El número cuatro simboliza la muerte en los países del este de Asia, ¿no es acaso muy adecuado que la última carta que os escribáis sea la número cuarenta y cuatro?».

Algo así, ¿verdad?

No quería escribirla, pero sabía que era necesario. Te lo debo, y si algo he aprendido de ti después de todo es que no hay nada más liberador que dejar de ser egoísta.

Nunca te gustaron los planes, ¿verdad, mi pequeña grulla? Nunca te gustó tampoco que te llamase así, ¿eh? Siempre dijiste que era una cosa entre Harlon y tú. Me gustaría volver a oír su voz; en realidad, solo lo vi una vez, pero hablabas tanto de él que tengo la sensación de conocerlo tan bien como a mí misma. Lamento que haya tenido que irse.

Nuestro plan era cogerlo todo (los libros de *Miss Wonnacott*, nuestras cartitas, las fotos de aquella Polaroid que te regalé por Navidad, incluso los WhatsApps de urgencia de madrugada) y revisarlo juntas para no olvidar este año jamás. Supongo que las cosas se enredaron un poco.

Siento haberte hecho daño, pequeña grulla.

Siento todos los enredos.

Verás, al principio nadie me importa demasiado, pero luego, de alguna manera, las personas crecen dentro de ti, y crecen también tus sentimientos hacia ellas. Eso también me lo enseñaste tú.

Creo que deberíamos dejar de crecer la una dentro de la otra.

Si algún día quieres verme, o si me echas de menos, ve al campo de las liebres. Nunca hemos sido tan perfectas la una para la otra como aquella tarde.

AMOKE

OTOÑO

«Todas nacemos brujas.
Todas nacemos con magia.
Nos la roban al crecer».

Madeleine L'Engle

«Adoro tu silencio.
Es tan sabio. Escucha.
Invita a la calidez».

Ben Okri

OFELIA

-CAPÍTULO 1-

OJOS Y PELO DE OTOÑO

«**V**eamos, ya ha terminado la temporada de las primeras naranjas del año; la de las naranjas Navel también. Solo un par de meses más y estaremos cosechando las naranjas sanguinas».

La nota de papá no es demasiado larga (lo suficiente para caber en la etiqueta de cartón que pende del frasco de mermelada) ni está escrita con una letra especialmente buena (la normal de un hombre que se levanta a las cuatro de la madrugada para cuidar su huerto), pero el modo en que el sol se refleja en ella hace que parezca especial.

Papá escribe una nota cada vez que da con la fórmula de una nueva receta de mermelada. Cada nota es personal, naturalmente, y a medida que los clientes de su tienda de mermelada orgánica aumentan, aumentan también las horas que papá pasa cada noche escribiéndolas.

Voy a llegar tarde al hospital, de modo que recojo el frasco del umbral de la puerta, lo abro (la tapa emite un «clonc» que Harlon encuentra muy divertido), unto el índice de mermelada y me lo llevo a la boca.

Mandarina y semillas de amapola. Veredicto: no lo suficientemente cítrico.

Harlon mete también el dedo en la mermelada, claro, y se pasa todo el trayecto desde la puerta de casa hasta la parada del bus chascando la lengua y emitiendo el tipo de ruiditos que harían arquear las cejas a mi abuela Rita. Cuando al fin habla, lo hace dando un paso atrás, otorgándose un poco de espacio para perorar. Siempre está haciendo payasadas semejantes.

—He probado cosas mejores —dice—. Una vez preparé mi propio licor de pasas, ¿sabes? No es difícil, ¿eh? Basta con tener un buen lugar donde...

Se interrumpe porque una señora acaba de colocarse detrás de nosotros en la cola del autobús. Otra cosa que Harlon siempre hace es detenerse ante las mujeres de cierta edad, a las que llama damas, y saludarlas pomposamente.

La señora está comprobando el horario de los autobuses y no le hace caso, lo que a Harlon no le complace demasiado.

Harlon es el chico que vive en la habitación de invitados. Papá siempre anda quejándose de lo ruidoso que es y de cómo deja las sábanas todas arrugadas y de su costumbre de dar portazos a las visitas inesperadas, pero a mí me cae bien. Me gusta que tenga los ojos y el pelo del color del otoño, y me gustan sus historias y su sentido del humor, y ante todo me gusta que encuentre marcapáginas para los libros que se amontonan en el suelo de mi dormitorio.

—Te tiemblan las piernas —recalca Harlon. Es rematadamente observador.

—Cierra el pico, es un día importante —replico, enroscándome un mechón del flequillo en el dedo, que todavía huele a mermelada.

—¿Por eso te has vestido como una lesbiana de los años treinta? ¿O es tu manera de boicotear a la industria de la moda?

Le hago un corte de mangas antes de que pueda decir algo más. Por desgracia, la señora detrás de él me ve. Una mañana más me meto en líos por culpa del tontorrón de Harlon Brae.

El hospital Pernhos Stanley de Holyhead, Gales, parece una enorme figura de origami hecha de cristal. Hace dos meses que trabajo aquí (uno menos del tiempo que llevo viviendo en Holyhead con papá), y los doctores y las enfermeras, y también algunos de los pacientes más asiduos, ya me conocen y me saludan al pasar.

—¿Por qué todo el mundo es tan amable contigo? —me pregunta Harlon mientras le muestro mi tarjeta de voluntaria a *Miss Lark*, la recepcionista.

—Tu paciente está en la cuatro cero cuatro, bonita —dice *Miss Lark*, que me observa con sus pequeños ojos negros de pajarito por detrás de sus gafas de media luna—. Ármate de paciencia, porque es de las difíciles.

—Ah, ¿y qué paciente no lo es? —digo, y le saco la lengua a Harlon cuando *Miss Lark* se da la vuelta para coger la historia de *Miss Wonnacott*, mi nueva paciente.

Las historias que nos entregan a los voluntarios de la Asociación Hiraeth no son muy extensas. Hiraeth es una palabra galesa intraducible (para ser honesta, una de las pocas palabras galesas que conozco) que define la nostalgia por un lugar específico de nuestro pasado. Puesto que la mayoría de los moribundos eligen volver a los lugares en los que habitaron en épocas más felices, nuestra fundadora, Anna Rosewood, consideró que Hiraeth era un nombre muy apropiado para la asociación.

El hecho de que nos encarguemos exclusivamente de pacientes moribundos explica por qué las historias que nos entregan son tan breves. Solo hace falta conocer un par de detalles (nombre, edad, lugar de procedencia, ocupación, familia y enfermedad) para consolar a una persona

a la que ya no le queda demasiado tiempo en este mundo.

–¿Que por qué todo el mundo es tan amable conmigo? –le digo a Harlon cuando entramos en el ascensor–. Bueno, es que soy encantadora.

–Encantadoramente pedante.

–¡Bah!

–Por eso conseguiste a *Miss Wonnacott* –insiste, el muy pesado, dándome un golpecito en el codo–. He visto a los periodistas, ¿sabes? Todo el mundo quiere estar presente para escuchar las últimas palabras de la novelista más célebre en habla inglesa de los últimos cincuenta años. Eso es lo que oí en la tele.

–¡Yo no quiero escuchar las últimas palabras de *Miss Wonnacott*! –digo, aunque soy consciente de que eso es una mentira soberanamente grande–. Además, estoy convencida de que no va a morir. Lleva como cuatro años muriéndose. Apuesto un brazo a que a estas alturas es inmortal.

–No me interesa tu brazo; está demasiado paliducho, y ese eccema de ahí parece picar mucho. Me apuesto un mes de chocolatinas Mars a que estarás presente cuando *Miss Wonnacott* estire la pata. ¿Trato?

–Trato –digo, estrechándole la mano.

Soy la tercera voluntaria que se encarga de *Miss Wonnacott*, lo que significa que «la novelista más célebre en habla inglesa de los últimos cincuenta años» ha estado tres veces a las puertas de la muerte. Literalmente.

Miss Virginia Wonnacott tiene, además de casi cincuenta libros traducidos a más de veinte idiomas, noventa y un años y ataxia espinocerebelosa de tipo 6. En resumidas cuentas, a pesar de que mantiene su inteligencia y sigue publicando una media de un libro al año, *Miss Wonnacott* está perdiendo las funciones más básicas de su cuerpo: la coordinación, el movimiento, el habla e incluso la capacidad de comer.

Hoy me han llamado por una infección en los pulmones, lo cual, he aprendido, no resulta del todo anormal en una paciente que lleva casi cinco años en el hospital.

Teniendo todo esto en cuenta, y el hecho de que ya ha requerido nuestros servicios tres veces, la posibilidad de que *Miss Wonnacott* realmente sea inmortal parece, bueno, plausible.

—Aquí se separan nuestros caminos, compañera —dice Harlon, que da una de sus teatrales palmadas al aire para finalizar la conversación.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Molestar a las enfermeras?

—¡Ah, eso solo ocurrió una vez! Un momento de baja, sin duda. Creo que voy a dar un paseo por el jardín. Si me entero de algún cotilleo interesante, tú serás la primera en saberlo.

El cuatro, el cero y el cuatro en la puerta de *Miss Wonnacott* se erigen ante nosotros, tan desnudos que nadie imaginaría la leyenda literaria que se esconde tras ellos. La prensa no tiene permiso para entrar en el recinto, y el personal médico es demasiado profesional para molestar a *Miss Wonnacott*, pero aun así es difícil no reparar en los cuchicheos de los estudiantes de medicina y en las miradas de soslayo de las enfermeras.

—Me pregunto por qué *Miss Wonnacott* habrá requerido nuestros servicios —susurro, pero Harlon ya se ha ido.

Es cierto que *Miss Wonnacott* nunca se ha casado (un tema que todas sus biografías no autorizadas atribuyen a su lesbianismo encubierto y a una tormentosa relación con una rica heredera estadounidense allá por los años cuarenta), y que es la última descendiente de una familia muy pequeña del norte de Gales, pero si hay algo por lo que *Miss Wonnacott* es famosa es por su tendencia a la reclusión. Solo ha concedido catorce entrevistas en los últimos cincuenta años, y únicamente ha aceptado firmas de libros cuando los beneficios de estas iban dirigidos a la caridad. ¿Por qué *Miss Wonnacott* querría entonces que

no una sino tres voluntarias estuviesen con ella en los últimos momentos de su vida?

Escuchar sus últimas palabras...

Mientras abro la puerta de la habitación cuatro cero cuatro me pregunto si la misteriosa *Miss Wonnacott* no tendrá algún tipo de mensaje para mí.

-CAPÍTULO 2-

LAS MANOS DE MISS WONNACOTT

Ninguno de los pacientes se queda demasiado tiempo en mi vida, y no todos ellos consiguen dejar una huella profunda en mi memoria. Verás, tras dos meses de voluntariado en una asociación como Hiraeth, ves muchas caras, oyes muchas historias y coges muchas manos.

Recuerdo muy vivamente las manos de mi primera paciente, aunque su historia no fuese nada fuera de lo común. Su nombre era Mary O'Higgins. Se trataba de una inmigrante irlandesa muy mayor, viuda y sin hijos, que tenía un cáncer en la sangre en estado avanzado. Sus manos eran pequeñas y regordetas, y me sorprendió la ausencia casi total de arrugas en ellas. Sobre las mías, parecían pertenecer a una chica de mi edad, y en aquel momento pude ver en los ojos azules de Mary O'Higgins un vestigio de cómo había sido de joven.

Me habían gustado las manos de Veronica Currahee, una cantante de ópera relativamente célebre, con dedos de pianista y unas venas tan delicadas que parecían plumas. Veronica Currahee había acariciado mis nudillos antes de morir, y en ese instante creí oír una de las canciones que tan famosa la habían hecho en su juventud.

Jamie Lucas había sido mi único paciente joven. Tenía veinticuatro años, padecía fibrosis quística y hacía turismo por las islas de Gales cuando sus pulmones se llenaron de agua y dejaron de funcionar. No quería que sus padres lo viesen morir, así que el hospital contactó conmigo. Las

manos de Jamie eran muy suaves (pues jamás habían conocido el trabajo) y estaban muy morenas, y permanecieron cálidas mucho tiempo después de que él hubiese muerto.

Miss Wonnacott, al igual que Jamie, ha sido ingresada en el hospital con una insuficiencia respiratoria, pero sus manos no podrían ser más distintas de las de él. Todo lo que en Jamie era moreno, suave y regordete, en *Miss Wonnacott* es pálido, rugoso y esquelético, como también es pálida, rugosa y esquelética la propia *Miss Wonnacott*, que me mira arqueando su poblada ceja izquierda.

–Buenos días, *Miss Wonnacott*, soy Ofelia Bachman, de la Asociación Hiraeth –digo, mientras dejo mi bolso sobre la silla de las visitas–. ¿Cómo se encuentra?

Me doy cuenta de la estupidez de mi pregunta inmediatamente después de formularla. Si han contactado con nosotros, ¿cómo diablos va a encontrarse?

La ceja izquierda de *Miss Wonnacott* se alza tanto que termina por desaparecer bajo su flequillo plateado.

–Oh, si estoy en la plenitud de la vida, bonita. Os llamé porque quiero escribir una novela sobre una voluntaria inocentona que se enfrenta a la inevitabilidad de la muerte, y pensé que una de vosotras podría ayudarme a documentarme.

Las palabras de *Miss Wonnacott* son una serie de silbidos ahogados por la mascarilla de oxígeno.

Sonrío y me siento en la silla.

–Veo que conserva el buen humor, ¿eh? Eso está muy bien, es...

–¿Una buena señal? –replica ella, haciendo un esfuerzo hercúleo para quitarse sus enormes gafas de lectura–. Dime, Ofelia Bachman, ¿tus padres leyeron a Shakespeare?

Tardo un par de segundos en contestar, en primer lugar porque no terminé de creerme que esté aquí, junto a mi escritora favorita desde que tenía trece años, y en se-